

En diciembre de 1970, durante ocho días, mientras su madre agoniza, Georges Simenon permanece a su lado en el hospital. Poco más de medio siglo le separa de la época en que ayudaba a misa en la capilla de ese mismo hospital.

Durante esos ocho días estos dos seres, que jamás pudieron amarse, tal vez porque jamás pudieron hablarse, intercambian pocas palabras pero se miran intensamente, con cierta perplejidad y desconfianza. De hecho, al ver el ver entrar al hijo mayor en la habitación, la madre le pregunta con frío asombro: «¿Por qué has venido, hijo?», deseando probablemente que hubiera sido el otro hijo, el más joven, el amado, el que la acompañara en sus últimos momentos. Pero es el hijo una y otra vez rechazado quien, a sus sesenta y siete años profundamente marcados por ese desamor y esa indiferencia, la asiste hasta el final, entregado a toda suerte de recuerdos y sentimientos contradictorios, desgarrado entre el resentimiento, un insoportable sentimiento de culpa y el deseo de ser reconocido.

Coincidencia o no, motivo de estudio para psicoanalistas y estudiosos de su obra, el caso es que doce meses escasos después de la muerte de su madre, Simenon, uno de los novelistas más fecundos de nuestro siglo, deja de escribir novelas. No obstante, ¿podía imaginar, al asistir a la lenta muerte de su madre en una habitación de hospital, que la intensidad de sus miradas y la elocuencia de su mutismo le inspirarían, tres años después, uno de sus mejores libros, una auténtica pequeña joya del arte epistolar, en especial en esa difícil vertiente que es la de las «cartas a los padres»?

Carta a mi madre está considerada por la crítica mundial no sólo como una obra de rara calidad literaria, sino también como la clave para comprender toda la extensa obra de Georges Simenon. Revela, como bien dice Pierre Assouline en su reciente biografía de Simenon, «el nudo de su sufrimiento, el sufrimiento de un gran escritor reconocido por todos, menos por su madre».

Pocos se extrañarán, tras la lectura de este texto breve y denso, que, en cuanto terminara de escribirlo, Simenon cayera enfermo durante dos meses, «enfermo tal vez por descubrir que no era el hombre que yo creía ser, enfermo también por saber que mi madre no había sido sino una mujer muy humilde (...) que habría merecido más mi ternura y mi piedad que cierta indiferencia y cierto rencor», según explica él mismo en uno de sus diarios de la época.

Georges Simenon

## Carta a mi madre

ePub r1.0IbnKaldun 02.11.14

Georges Simenon, 1993

Traducción: Carlos Manzano

Ilustración de la cubierta: madre e hijo (Henriette y Georges Simenon) en Lieja hacia 1908. Fonds Simenon, Lieja

Editor digital: IbnKaldunePub base r1.2

Jueves, 18 de abril de 1974

Querida mamá:

Hoy hace tres años y medio, aproximadamente, que moriste, a la edad de noventa y un años, y tal vez hasta ahora no haya empezado yo a conocerte. Viví mi infancia y mi adolescencia en la misma casa que tú, contigo, y, cuando me separé de ti para trasladarme a París a la edad de diecinueve años, seguías siendo una extraña para mí.

Por lo demás, nunca te llamé «mamá», sino «madre», como tampoco llamaba «papá» a mi padre. ¿Por qué? ¿A qué se debió ese uso? Lo ignoro.

Posteriormente, hice algunos breves viajes a Lieja, pero el más largo fue el último, durante el cual asistí a tu agonía de una semana, día tras día, en el hospital de Bavière, en el que en tiempos había ayudado a misa.

Por lo demás, esa palabra no es la más apropiada para los días que precedieron a tu muerte. Estabas tumbada en la cama, rodeada de parientes o gente a la que yo no conocía. Algunos días apenas podía llegar hasta ti. Te observé durante horas. No sufrías. No temías abandonar la vida. Tampoco rezabas rosarios de la mañana a la noche, pese a que todos los días había una monja vestida de negro e inmóvil en el mismo sitio, en la misma silla.

A veces, con frecuencia incluso, sonreías. Pero la palabra «sonreír», aplicada a ti, tiene un sentido un poco diferente del habitual. Nos mirabas a nosotros, que íbamos a sobrevivirte y seguirte hasta el cementerio, y a veces una expresión irónica te estiraba los labios.

Parecía que estuvieras ya en otro mundo o, mejor dicho, que estuvieses en tu mundo, tu mundo interior y familiar.

Pues aquella sonrisa, teñida también de melancolía, de resignación, la conocía desde mi infancia. Sufrías la vida. No la vivías.

Se podía haber pensado que esperabas el momento en que, por fin, estarías tumbada en tu cama del hospital antes del gran reposo.

Tu médico era uno de mis amigos de la infancia. Me dijo que, después de la operación que te había practicado, te apagarías despacio.

Fueron ocho días, aproximadamente —mi estancia más larga en Lieja desde mi marcha a los diecinueve años—, y, cuando abandonaba el hospital, no podía por menos de recobrar placeres de mi juventud, como ir a comer mejillones con patatas fritas o anguila en salsa verde.

¿Debería darme vergüenza mezclar imágenes gastronómicas con las de tu habitación del hospital?

No lo creo. Todo eso está relacionado. Todo está relacionado, un todo que intento desenmarañar y que, tal vez, comprendieras tú antes que yo, cuando me mirabas con una mezcla de indiferencia y ternura.

Mientras viviste nunca nos quisimos, bien lo sabes. Los dos fingimos.

Hoy, creo que cada uno de nosotros tenía una idea inexacta del otro.

¿Se adquirirá, cuando se está a punto de partir, una lucidez que no se ha tenido antes? Aún lo ignoro. Sin embargo, estoy casi seguro de que tú catalogabas con mucha exactitud a quienes venían a verte: sobrinos, sobrinas, vecinas, qué sé yo.

Y, en cuanto llegaba yo, me catalogabas también.

Pero lo que yo buscaba en tus ojos y en tu sereno rostro no era la idea que tenías de mí: era la idea verdadera de ti que yo empezaba a percibir.

Yo estaba emocionado, ansioso. La víspera, por la noche, había recibido la llamada telefónica de mi antiguo condiscípulo Orban, que había llegado a ser cirujano jefe del hospital de Bavière y que te había operado. Acababa también de recorrer a la mayor velocidad posible las carreteras suizas, después la autopista alemana y, por último, un trecho de carretera belga.

De repente, tuve ante mí de nuevo la gran puerta barnizada del hospital de Bavière a la que, de niño, llegaba jadeando, sobre todo en invierno, tras haber cruzado las calles desiertas, en las que el miedo me hacía caminar por el centro de la calzada.

En seguida encontré tu pabellón. Después tu puerta, a la que llamé. Me

respondieron:

— Adelante.

Tuve un sobresalto al ver, en tu cuartito del hospital, a cuatro o cinco personas al menos, más una monja vestida de negro, que parecía hacer guardia como una centinela.

Me deslicé esquivando a las visitas hacia tu cama para besarte, cuando tú me dijiste con toda sencillez, como si fuera la cosa más natural del mundo:

— ¿Por qué has venido, Georges?

Esa frase, cuando volví a pensar en ella más tarde, pues se me quedó grabada en el corazón, tal vez me explicara un poco de ti.

Te di un beso en la frente. Alguien, no sé quién, cedió su silla para ofrecérmela. Yo te miré intensamente. Creo que en toda mi vida no te había mirado de ese modo.

Me esperaba encontrar a una moribunda medio inconsciente. Volví a ver tus ojos, que ya he intentado describir, si bien debería describirlos de nuevo, pues sólo con ayuda del tiempo he llegado a comprenderlos.

¿Estarías asombrada de verme? ¿Te habrías imaginado que no iba a asistir a tu agonía y a tu entierro? ¿Me creerías indiferente, si no hostil?

¿Habría en aquellos ojos, de un gris deslavado, sorpresa auténtica o una de tus astucias? No puedo por menos de pensar que sabías que yo acudiría, que me esperabas, pero, como siempre desconfiaste de todo el mundo y de mí en particular, habías temido que no lo hiciera.

Las personas que te rodeaban no tuvieron la discreción de salir del cuarto. Debí hacerlas salir yo diciéndoles que deseaba estar un momento a solas con mi madre.

La monja no se movió. Permaneció en su silla, tan inmóvil, tan impenetrable, tan impasible, sin duda, como una estatua. Nunca me decía «buenos días», cuando entraba. Tampoco me dijo «adiós» nunca.

Era como para pensar que tenía ella en su poder las llaves de la puerta de la

muerte, del paraíso y del infierno y que estaba esperando el momento de emplearlas.

Permanecimos mucho rato mirándonos. No había tristeza en tu rostro. No había sentimiento alguno que yo pudiera calificar sin riesgo de equivocarme.

¿Una victoria? Tal vez. Eras la decimotercera de trece hijos. Tu padre estaba arruinado cuando naciste. Cuando él murió, tenías cinco años.

Fueron tus comienzos en la vida. Te quedaste sola con tu madre. Tus hermanas y hermanos estaban dispersos, algunos ya en el cementerio. Vivíais en una vivienda modesta, más que modesta, en una calle pobre de Lieja y nunca supe de qué vivisteis, tu madre y tú, hasta que cumpliste diecinueve años, edad en que entraste de dependienta en unos grandes almacenes.

Tengo una foto mala de ti que data de aquella época. Estabas bonita, aún con las armonías propias de los rostros juveniles, pero tus ojos expresaban, a la vez, una voluntad de hierro y una desconfianza para con el mundo entero.

De nada servía que tus labios esbozaran una sonrisa, era una sonrisa sin juventud y ya llena de amargura y tus ojos miraban fija y duramente el objetivo del fotógrafo.

— ¿Por qué has venido, Georges?

Esa breve frase tal vez sea la explicación de toda tu vida.

Cuando nos quedamos solos, exceptuada la presencia de la monja, no se te ocurrió nada que decirme y a mí tampoco. Tomé tu enflaquecida mano, que descansaba sobre la sábana. Estaba fría y parecía como sin vida.

¿Te habrías sentido decepcionada o apenada, si yo no hubiera acudido? Me gustaría saberlo.

Conocías a quienes estaban en tu habitación a mi llegada, sabías, por así decirlo, lo que cada uno de ellos esperaba de ti. Uno, dinero; otro, uno de tus dos aparadores del comedor; otra, la mantelería y demás.

Pues tú nunca te hiciste ilusiones. Nunca creíste en nadie. Siempre, por muy lejos que me remonte en mis recuerdos, sospechaste en los demás la mentira y el interés.

Cuando yo no tenía aún seis años y acababa de entrar en el colegio Saint-André, ya creías que te mentía. Y siempre lo creíste. La última vez que viniste a verme fue en Epalinges. Yo te había invitado a venir a pasar algunas semanas conmigo y tenía la segunda intención de instalarte —pues ya eras muy mayor y estabas inválida— en una de las excelentes clínicas de la región.

Epalinges, que puse en venta hace dos años y aún no he vendido, es una casa muy grande y da idea de cierto lujo. Exigía un personal numeroso. Tú pasabas gran parte del día en el jardín, a la sombra danzante de un abedul.

Lo que te preocupaba no era saber cómo vivirías tus últimos años. Cuando lograbas acaparar la atención de uno de los miembros del personal, le preguntabas con la duda en los ojos:

— ¿Está de verdad pagada esta propiedad?

Esa preocupación la tenías ya cuando te invité a la Richardière. Era una casa solariega con un gran estanque lleno de patos, un inmenso huerto, un bosque y algunos prados. También allí pasabas gran parte del día en un sillón al aire libre. Creo que en aquella época aún no tenía yo sino tres caballos que requerían un caballero. Del jardín y del corral se ocupaba un jardinero. En una palabra, también allí, en 1931, había mucha gente a mi alrededor.

Tú mirabas a la gente ir y venir. La observabas. Y, una vez que te encontraste a solas con Boule, le preguntaste:

— ¿Tiene muchas deudas mi hijo?

En cincuenta años, nunca pude convencerte de que trabajaba y me ganaba la vida.

Esa desconfianza no iba dirigida sólo a mí. Era innata en ti. La huerfanita de cinco años que vivía sola con su madre no podía creer en los milagros.

Pero, en el fondo, yo era el objeto principal de dicha desconfianza.

¿Por amor? ¿Por miedo a que me encontrara en una situación equívoca? ¿Porque temieras sabe Dios qué estafa por mi parte?

Sólo tú, madre, podrías responder. Por mi parte, yo sólo puedo hacer suposiciones, y los días que pasé a tu cabecera tal vez me ayudaran a ello.

Acabo de llamarte «madre», en lugar de «mamá». Es que desde mi más tierna infancia me acostumbré a llamarte así. Tengo muchos recuerdos de mi infancia, más que la mayoría de la gente. Así como me falla con frecuencia la memoria para los acontecimientos recientes, es de una exactitud fotográfica para mis primeros años.

Me pregunto si no me subiste nunca a tus rodillas. En todo caso, no ha quedado rastro de ello, lo que significa que no debió de ocurrir a menudo.

Los apelativos «padre» y «madre» que me enseñaron a utilizar probablemente no procedieran de ti y no puedo reprochártelo. Mi padre era un sentimental, pero, como todos los Simenon que conocí, nunca se mostró expansivo.

Recuerdo un detalle que tal vez sea significativo. Un día, en un momento de desánimo, le dijiste:

—Cuando pienso, Désiré, que nunca me has dicho «te quiero».

Y mi padre respondió con los ojos húmedos, estoy convencido de ello:

—Pero estás aquí.

¿Sería eso lo que te endureció? ¿Sería que, atrapada entre los Brüll, de los que procedías, y los Simenon, en cuyo clan entrabas, sentiste como una separación e incluso un desasosiego?

Todo eso, madre, voy a intentar comprenderlo y decírtelo.

Pasé diecinueve años contigo y casi tantos con Désiré. Tú trabajabas mucho. Él, también. La suerte no os reservó muchas alegrías.

Hoy comprendo que una pareja con hijos ya no es sólo una pareja. Y a veces lo olvida. En la casa, cerca de ellos, hay ojos de niños, casi siempre presentes, que los miran, que los juzgan con el rasero de su joven inteligencia.

Creemos ser simplemente padre y madre.

No es verdad. Somos dos individuos cuyos gustos, palabras y miradas se ven sometidos a un juicio despiadado.

Ahora que has muerto, ahora que te escribo una de mis escasas cartas, yo

también soy padre y, naturalmente, ya no soy despiadado.

Me pregunto hoy lo que pensarías tú, tan desconfiada, durante las horas que pasaba yo al pie de tu cama, mirándote más intensamente de lo que hubiera deseado. Tal vez te dijese: «Espera con impaciencia a que fallezca para abandonar el hospital y volver a su casa».

Y tal vez también la sombra de una sonrisa que por la mañana se te dibujaba entre los labios significara:

—Como ves, aún estoy aquí...

Ahora bien, durante todas aquellas horas, yo intentaba comprenderte, conocerte, imaginar a la niña Henriette Brüll que habías sido, pues solamente se conoce de verdad a alguien si se ha conocido su infancia.

De la tuya sólo sé fragmentos que tal vez correspondan tanto a la leyenda como a la realidad, porque tú hablabas lo menos posible de ella y, en la época de mi juventud, no se permitía preguntar a los padres por su pasado.

Conozco la Rue Féronstrée y las callejuelas que en ella desembocan. Sé que en una de esas callejuelas viviste con tu madre. También sé que no hablabas francés, sólo un flamenco mezclado con alemán, que hacía que se rieran de ti en las tiendas donde te enviaban a hacer recados.

Tu padre, también él, es para mí un ser legendario. Fue administrador de una gran propiedad de Limburgo, al borde del canal. Yo fui allí de vacaciones, pues se ocupan de ella unos primos. Tu padre era *dyjkmaster* (jefe de diques), cosa de la que te mostrabas, con razón, muy orgullosa. En efecto, el *dyjkmaster* es quien tiene las llaves de las esclusas que permiten inundar la región en caso de sequía, lo que lo convierte en un personaje importante.

¿Por qué abandonó Limburgo? Nunca lo dijiste.

Vuelvo a verlo en Herstal, en las afueras próximas a Lieja, viviendo con toda su familia en el antiguo castillo de Pepin de Herstal. Poseía cuatro o cinco gabarras y, por lo que sé, era un gran comerciante de madera.

Tengo una fotografía de él. Es un hombre de rostro enérgico y ojos duros. Era alemán, nacido cerca de la frontera holandesa, y se casó con una holandesa.

¿Cómo, por qué vino a Bélgica? ¿Por qué se puso a beber desmesuradamente hacia la edad de cincuenta años? Lo ignoro. El caso es que una noche de borrachera avaló unas letras de cambio para un amigo, éste quebró y tu padre se encontró de repente en la ruina.

Así, que tú tenías cinco años cuando abandonaste el antiguo castillo de Herstal. El único recuerdo que de él me confiaste es el de que habías tenido una oveja. Te la habían dado cuando aún era un cordero y, después de que creciese, siempre te negaste a separarte de ella.

¿Qué vida se hacía en Herstal? ¿Cómo se produjo la dispersión de tus hermanos y hermanas, todos mucho mayores que tú?

Ya ves, eso es todo lo que yo habría querido saber, pues me habría ayudado a conocer también a la madre que llegaste a ser.

Hay grandes vacíos en tu historia, tal como me la han contado. Tengo una fotografía de tu madre, una mujer altiva de facciones regulares, pero tan duras como las de su marido y que mira delante de sí con expresión de desafiar al mundo.

Esa mujer era la que, cuando llamaban a la puerta del piso, se apresuraba a poner cacerolas al fuego para dar la impresión de estar preparando una comida copiosa.

Tú has conservado algo de ella. Algo y lo contrario. Tú también eras, madre, orgullosa, pero tenías el orgullo, por así decirlo, de tu humildad. Estabas orgullosa de ser pobre y de no pedir nada a nadie. Te presentabas más pobre de lo que eras, como si fuese una virtud, y a los setenta y un años empiezo a preguntarme si no será verdad.

Con frecuencia te oía pronunciar estas palabras:

—Mira, Maria, nosotros vivimos con lo estrictamente necesario.

Esas palabras —«estrictamente necesario»— me obsesionaron cuando yo era muy niño. Las consideraba un insulto a mi padre, pues, si mi padre se había casado contigo y había fundado una familia, era porque se consideraba capacitado para hacerse cargo de sus responsabilidades.

Pero tú eras una Brüll y los Brüll nunca han aceptado ser de clase media y menos aún ser pobres.

Uno de tus hermanos, al que sólo vi una vez en mi vida, era muy rico y poseía un castillo. Como tu padre, era un personaje importante en Limburgo, donde vendía abonos y grano a los labradores cuya producción compraba más adelante.

Aquel hermano nunca vino a verte después de tu boda. Nunca entró en nuestra casa. Pero un día en que yo miraba un mueble de madera blanca pintada de color de roble, me confiaste:

—Mi madre y yo habíamos conservado unos muebles antiguos de la época de mi padre. Un día vino mi hermano y nos dijo que esos muebles, casi desvencijados, no eran prácticos y que iba a substituirnoslos por otros nuevos.

Mi tío mandó retirar las antigüedades de la familia y las substituyó, generoso, por artículos baratos.

Eso lo comprendiste. Ahora sé que comprendiste muchas cosas, que numerosos recuerdos para mí desconocidos fueron forjando poco a poco a la mujer que llegó a ser mi madre.

Yo te miraba. Seguía la expresión de tus ojos a medida que unos u otros entraban. Y, de vez en cuando, te veía cerrar los párpados, como si estuvieras cansada de todo aquello, tanto de las visitas como de mí.

Apenas conociste a tu padre, ya que murió cuando tenías cinco años. ¿Conociste a tu madre mucho más tiempo? Ignoro cuándo murió y de qué. Ignoro también qué edad tenías y qué trastornos pudo provocar aquello en tu vida.

Me produce estupefacción descubrir el vacío que puede existir entre dos generaciones, cuando cada uno de nosotros, por sus genes, ya que no por su educación, tiene un parecido con sus padres.

Te conozco, sé que, inmóvil en tu cama del hospital, debiste de preguntarte en qué podía pensar yo durante las horas que pasaba mirándote. Como ya te he dicho, sólo tengo una fotografía de tu padre y para mí sigue siendo una persona a la vez extraordinaria y misteriosa.

En tu rostro buscaba yo alguna de sus facciones. Acabé descubriendo una, tu boca, fina, casi siempre apretada, que no se entreabría ni siquiera para la sonrisa, sino que se alargaba un poco.

¿Habrías salido a tu padre? En cualquier caso, no encontré ninguna facción

en común con tu madre, de la que también tengo un retrato en el álbum de familia. Al contrario. Con su pobreza casi súbita, tu madre reaccionó, por lo que yo puedo juzgar, alzando la cabeza y mirando al mundo como con un desprecio a la vez altivo y apacible.

Tú bajabas, más bien, la cabeza. Querías ser humilde. Decías «gracias». Decías «gracias» a todo el mundo y a todo, a la lechera e incluso a tus hermanas.

Pero aquellas «gracias», que me enseñaste, ¿acaso no eran una expresión de orgullo interior?

Me habría gustado saber todo lo que ocurrió en el momento de la ruina de mi abuelo. Aquel castillo de Herstal fue demolido cuando yo tenía edad para mirar a mi alrededor. A mis tíos y tías nunca los vi hasta que fueron viejos.

Tú eras la menor, la niña que había nacido cuando ya no se lo esperaban y que habría podido ser la hija de una de sus hermanas o de uno de sus hermanos. Por lo demás, tenías la edad de algunas de mis primas.

En los últimos años de su vida, tu padre —lo sé porque forma parte de la leyenda de la familia— bebía mucho, estaba sumido incluso en el alcoholismo.

Como ya te he dicho, en esa imaginería aparece también firmando letras a un personaje importante que se sentaba con él a la mesa en los cafés. Este personaje quebró y tu padre hubo de pagar las letras que había avalado.

Conozco su nombre. Lo vi escrito con gruesas letras blancas en grandes carros tirados por dos caballos que cruzaban la ciudad, cuando yo era niño.

Más adelante hubo una coincidencia que no te conté. En 1952 fui a Bélgica para asistir a una recepción de la Academia belga. Pasé por Lieja, naturalmente. Tú seguías viviendo en una de aquellas casitas modestas del barrio de la Place du Congrès, donde pasé yo mi infancia.

Lieja me había organizado un recibimiento inesperado, compuesto de recepciones oficiales, almuerzos y cenas no menos oficiales en los palacios de la ciudad. Tú asististe.

Sin embargo, una noche, no lejos de Embourg, donde habíamos pasado tantas vacaciones, hubo una cena a la que me llevaron unos periodistas, pero que no formaba parte del programa.

Me encontré en una quinta muy grande, muy cómoda, lujosa incluso, donde me habían preparado una cena suntuosa.

El mismo día, por la tarde, los periodistas liejenses me habían ofrecido una pipa con anillo de oro, que dejé junto a mi cubierto.

Al terminar la cena, la señora de la casa, aún joven, bastante bonita, regordeta, se me acercó con mirada excitada.

— ¿Sabe usted, señor Simenon, que las relaciones entre su familia y la mía datan de muchos años atrás?

¿Qué podía responder? Lo ignoraba. Ignoraba incluso el nombre de mi anfitriona, pues me llevaban de cena a almuerzo y de almuerzo a recepción.

— Soy la hija del señor X... Era un amigo de su abuelo...

Me puse rígido y estuve a punto de salir sin decir palabra. Era la hija del hombre por el que tu padre se había arruinado.

Me quedé un momento y después me fui pensando en la niña de cinco años que tú habías sido. El día siguiente, me di cuenta de que ya no tenía la pipa, en cierto modo conmemorativa, que me habían dado mis colegas liejenses. Se lo conté a uno de ellos, que en seguida inició una investigación.

Se recuperó la pipa. El hijo de la que había sido mi anfitriona la víspera se había apropiado de ella y la había escondido en su cuarto.

Como ves, fuimos robados dos veces por la misma familia.

La pipa tenía poca importancia. Lo que la tiene es aquella época tan importante de tu vida, desde que tenías cinco años hasta el día en que te presentaste, jovencita, tímida y regordeta, a L'Innovation.

¿Sobrevivió mucho tiempo tu padre a su ruina? Lo ignoro. Sólo sé que murió de cáncer. ¿Qué edad tenían tus hermanos? ¿Y tus hermanas? ¿Cuáles eran tus relaciones con ellos?

No puedo por menos de pensar en ti, en aquella época, como un pajarito caído del nido.

Toda la familia, según me pareció comprender, hablaba unas veces alemán, lengua de tu padre, y otras flamenco, lengua de tu madre, que era holandesa.

Te imagino en las tiendas de la Rue Féronstrée, una calle popular y comercial como la Rue Puits-en-Sock, donde había nacido mi padre, balbuciendo las palabras en francés que habías aprendido aquí y allá.

¿Dónde fuiste a la escuela? Fuera donde fuese, eras en ella una extranjerita, de la que los demás debían de burlarse. Tenían que explicarte cada palabra francesa. Y, cuando regresabas al modesto piso de tu madre, volvías a hablar esa mezcla de alemán y francés que toda tu vida te oí emplear con tus hermanos y hermanas.

Os venía de forma natural a los labios. Mi padre, sentado en un rincón, tenía que callar por fuerza, al no conocer nada de vuestras confidencias familiares.

Durante los últimos días de tu vida, cuando estabas acostada, apacible, con una ligera sonrisa en tus labios finos, ¿pensarías a veces en la oveja de tu infancia, en las gabarras de tu padre que surcaban los canales tiradas por sus caballos, en los troncos de árboles que transportaban, en las pilas de madera que se amontonaban en torno al castillo de Herstal?

Nunca, por así decirlo, nos hablaste de ello y parecía como si, en tu cama del hospital, volvieras a ver imágenes que sólo te pertenecían a ti.

Tus hermanos y hermanas habían muerto, pues eran mucho mayores que tú, que ya tenías noventa y un años. La menor había resistido hasta el último momento. Cosa más extraordinaria aún: al final, cuando la familia de cada uno de esos hermanos y hermanas se disolvió poco a poco, como todas las familias, era a tu casa adonde iban a refugiarse.

Todos los demás venían del otro lado del río. El barrio de Outremeuse, en Lieja, tiene fama de ser un barrio popular, si no pobre.

Sin embargo, ellos y ellas fueron, uno tras otro, a comprar o alquilar una casa en él para estar muy cerca de ti.

No voy a llegar hasta el extremo de insinuar que fuera una venganza de la suerte. Sin embargo, tú debiste de pensar en ello, en el secreto de tu interior, pues, cuando eras adolescente y habías adelgazado mucho, tenías los nervios de punta y te daban ataques repentinos de llanto, aquellos mismos hermanos y hermanas te llamaban: un «pajarillo para el gato».

El «pajarillo para el gato» los enterró.

Al escribirte, me pregunto si, durante todo el tiempo en que nos mirábamos en silencio, casi fijamente, se nos ocurrirían en algún momento las mismas cosas. Por mi parte, me vino un recuerdo penoso, el de un incidente del que me avergüenzo y eso que en mi vida no hay muchos acontecimientos de los que tenga motivos para avergonzarme.

Fue durante el viaje a Lieja, en 1952. Me acompañaba mi segunda mujer, D..., que intentaba a toda costa ocupar el primer plano.

El alcalde y las autoridades municipales habían hecho los preparativos magníficamente, habían organizado, entre otras cosas, un gran almuerzo en el museo de Assembourg, antigua casa patricia que se había conservado tal como había sido en tiempos, con sus muebles, sus cuadros, sus alfombras, sus figuritas decorativas.

En un cuarto contiguo al monumental comedor, una orquesta de cámara interpretaba obras de César Franck, Grétry y Mozart.

Pero, cuando empezó a tocar, el incidente ya se había producido. Tú viste una tarjetita con tu nombre a la derecha del lugar reservado para mí. Con gesto impulsivo, D... cogió la tarjeta y dijo de forma perentoria:

—Por aquí, mamá.

Y te condujo al lugar reservado para ella.

¿Lo advertirían otras personas? Seguramente. Por mi parte, yo no tuve valor para rechistar, pero durante todo el almuerzo no presté atención a la música ni después a los discursos, pues me sentía muy poco orgulloso de mí mismo.

Es uno de los peores recuerdos de mi vida.

Para borrarlo, por así decirlo, con un recuerdo más divertido, que data del mismo viaje, voy a recordarte la cena en una de las grandes *brasseries* de la ciudad. Los periodistas, mis colegas, con algunos de los cuales había trabajado en el pasado, habían cedido a los oficiales la mayor parte de mi tiempo. Sólo habían pedido una velada, una cena campechana, sin fausto, que iba a celebrarse en aquella *brasserie*.

Sólo me recomendaron que no te llevara, pues se trataba de una reunión

muy poco protocolaria, que podía terminar con una alegría que tú no habrías apreciado.

Conque te anuncié que aquella noche no estabas invitada.

Tú siempre te tomabas las cosas por la tremenda en lo que a mí se refería. A veces fuiste más lúcida que yo. Pero con mayor frecuencia te equivocabas.

Vuelvo a verte menear la cabeza, con expresión contrariada, y te oigo decirme:

—Por Dios, Georges, ten cuidado. Ya verás cómo te arrastran a una orgía.

Naturalmente, no hubo orgía.

Por lejos que me remonte en el pasado, es decir, desde mi más tierna infancia, nunca comprendí esa desconfianza casi innata que tenías respecto a mí y que probablemente contribuyese a alzar una especie de barrera entre nosotros. Parecía como si me creyese siempre capaz de las peores fechorías y, si mi hermano Christian, tres años menor que yo, se echaba a llorar, te volvías hacia mí y preguntabas:

—¿Qué le has hecho otra vez?

Yo no le había hecho nada. Lloraba por una razón ajena a mí. Ahora me pregunto si no sería necesario que hubiese un villano en la familia y que ese villano fuese yo.

No te guardo rencor. A veces estuve resentido contigo, entre otras, cuando, en *Pedigree*, hacia 1942, te describí con el nombre de Elise. Ahora me doy cuenta de que el retrato, bastante detallado, que hice de ti no era exacto.

Por lo demás, en aquella época, me abstuve de publicarlo. Lo guardé en mis cajones durante casi diez años por miedo de causarte pena. Cuando por fin apareció, me sorprendió saber por unos vecinos que se lo dabas a leer, orgullosa, a todo el mundo en la calle y que firmabas tus cartas como Elise en lugar de Henriette.

Lo que más me gustó fue enterarme de que, después de mi visita a Lieja, de la que acabo de hablarte, las autoridades, desde el alcalde hasta el gobernador, no sólo te invitaron a todas las ceremonias y cenas oficiales, sino que, además, enviaban un coche para que te recogiera.

Ya ves que en mi memoria hay recuerdos buenos y malos, como, supongo, en todas las memorias, y es probable que en tu habitación del hospital de Bavière hubiese momentos en que tú también pensaras que, en el fondo, tal vez yo no fuera tan «malo» como habías imaginado.

Algo después, te invité a pasar todo el tiempo que quisieras en Connecticut, en Estados Unidos. Tenía yo allí una gran propiedad y temía un poco tu reacción, la que tenías siempre que descubrías algún lujo en mi casa o en mi círculo.

Fui a buscarte con mi coche al aeropuerto internacional. Me quedé atónito al verte vestida como una pobre, pues sabía a ciencia cierta que una de nuestras parientas, quien poseía varias casas de costura, te había ido haciendo un guardarropa bastante importante.

Una vez en casa, te pregunté si tenías otra ropa que ponerte y me respondiste que no. Como por desafío. Sí, por desafío, pero un desafío que ahora comprendo y que siento tentación de aprobar.

La menor de la Rue Féronstrée, la dependienta de L'Innovation, a quien sus hermanos que habían llegado a ricos nunca habían ayudado, se rebelaba instintivamente ante todo lo que fuera costoso.

—¡Ay, Maria! ¡Y pensar que yo vivo con lo estrictamente necesario!...

Es lógico. Te llevé a Nueva York y te compré varios vestidos. Y aquí transcurre una historia tragicómica, más trágica, en el fondo, que cómica.

D... siempre tuvo la manía de hurgar en los cajones y entre la ropa de los demás. Descubrió que sólo tenías un viejo corsé, todo raído y deformado. Fue a comprarte otro y, sin decírtelo, tiró el tuyo a la basura.

A la mañana siguiente, se quedó muy sorprendida al darse cuenta de que el corsé había desaparecido del cubo de la basura. Tú debías de haberte levantado por la noche, haber recorrido pasillos bastante complicados, haber abierto la puerta, sabe Dios cómo, y haber bordeado las paredes como un ratón, hasta que te encontraste con las basuras. No dijiste nada. Nadie dijo nada. Aquella misma noche, D..., verdaderamente obstinada, volvió a llevar el corsé a la basura. Y, aquella vez, también tú fuiste a recogerlo.

Aquello se estaba convirtiendo en una batalla de mujeres, un combate entre dos voluntades. Por un lado, D..., orgullosa, agresiva, despiadada, y, por otro, la

mujercita llegada de Lieja y vestida con lo más viejo que tenía, como para proclamar:

—Me habéis invitado. Habéis insistido para que venga. Bueno, pues, tendréis que aceptarme como soy, porque yo no me dejo impresionar por vuestros aires de grandeza.

¿Volverías a pensar en aquello, madre? Yo sí y en muchas otras cosas que intentaré decir y que, durante años, han permanecido enterradas en el fondo de mi memoria.

Cara a cara en un cuartito de hotel, sabiendo que a la otra persona le quedan sólo unos días de vida, siente uno la tentación de hacerse preguntas y entonces las hace sinceramente, sin ninguna evasiva.

Poco importa la gente que va y viene en tu cuarto. Por lo demás, no parece que vayan y que vengan. Caminan con pasos tan sigilosos, que no se les oye entrar ni salir. Permanecen allí, sentados, si encuentran una silla, o de pie, durante horas —parece—, esperando seguramente a ver pasar la muerte.

La monjita es la única que no cambia, la que conserva su inmovilidad de cera, con un rosario de enormes cuentas carmelitas en su regazo. No sé lo que esperaría ella. Probablemente lo mismo que los otros.

El más fiel es un hombre relativamente entrado en carnes, pariente lejano, y que me ha pedido dos o tres veces por carta que le compre una casa en los alrededores de Lieja para él y su familia. Yo no te lo he dicho. Pero sé que lo adivinas.

En el fondo, estamos solos nosotros dos, afrontándonos en cierto modo. Tú tienes noventa y un años, pero, para mí, no has envejecido. Siempre has tenido ese rostro fino, esa tez mate, esos labios que a veces se estiran.

Yo tengo unos setenta años. Nos separan cincuenta años, cincuenta años de los que yo apenas sé nada en lo que a ti respecta y menos aún sobre los años que los han precedido.

¿Cómo es que tú, la menor, tienes en tu poder el álbum de familia? ¿No te lo han disputado tus hermanas mayores, tus hermanos? ¿Te lo has ganado a fuerza de obstinación, como todo lo que has ganado en tu vida?

Es un grueso álbum de cuero verde, con las esquinas doradas y una flor, dorada también, en la cubierta.

Varias veces, te pregunté por las personas que figuran en las diferentes páginas. En aquella época, la fotografía estaba poco difundida. Había que ir a la casa del fotógrafo, quien, para enfocar, ocultaba el rostro tras un velo negro. Por lo general, sólo se iba en las ocasiones importantes.

Tu padre, tu madre figuran en lugar destacado. Reconozco también a algunas de tus hermanas y a algunos de tus cuñados, a quienes conocí de niño.

Pero hay otros de los que nunca pudiste decirme nada. Me pregunto si sabrías tú misma quiénes eran. En particular, una mujer muy estirada, de mirada fija y rostro austero, que llevaba un uniforme para mí desconocido entonces y ahora, el de una secta religiosa alemana, por lo que he podido saber. Un joven también, en uniforme de oficial del káiser, que debe de ser uno de mis tíos.

Pero, mientras te miro, no es en ellos en quien pienso, sino en otra fotografía: una mujer muy joven, todavía en edad de crecer, bajo un velo de gasa negra que baja, desde su sombrerito, también de gasa negra, hasta el suelo.

Eres tú. No sé a qué edad. No sé por quién llevarías luto. ¿Lo sabes tú misma? Hubo tantos lutos en la familia en aquella época, que a ti y a tus hermanas os vi con mayor frecuencia bajo velos de gasa que con vestidos claros.

A veces me pregunto si, durante todos estos días, no estaremos jugando —tú en tu cama, yo en una silla incómoda— a un jueguito extraño.

Tú sabes que vas a morir. Mi amigo Orban no te lo ha ocultado, y ha hecho bien. Por lo demás, nunca ha sido fácil ocultarte algo.

Así pues, vives ya como fuera del mundo —me refiero al mundo de los seres humanos— y nos miras con lo que tal vez sea una cierta ironía, pero también piedad.

Pues nosotros, que también te miramos, tenemos aún un camino más o menos largo que recorrer. Nada puede darnos idea de lo que ese camino será.

Tú lo sabes y en eso consiste tu superioridad sobre nosotros. ¿Es tal vez, también, la explicación de esa ligera sonrisa que de vez en cuando se dibuja en tus labios?

Sin embargo, has tenido diecisiete años. Esa es la edad que yo calculo que tiene la joven de luto del retrato. Tal vez dieciocho. Y aún te quedaba un no sé qué de la infancia.

Hacia aquella época, te presentaste a L'Innovation, uno de los principales grandes almacenes de Lieja, adonde acudiste —según me repetiste con frecuencia— segura de ti misma, casi con mirada desafiante, a ver a un tal señor Bemheim, que entonces era director de los almacenes.

Ya ves que recuerdo incluso el nombre. ¡El señor Bernheim! Este constituyó un hito en una primera etapa de tu vida, ya que, el día siguiente mismo, empezabas a trabajar detrás de un mostrador.

De niño fui con frecuencia a L'Innovation contigo. Conocías a la mayoría de las dependientas. Ibas de una sección a otra a estrechar manos y contar cosas de tu vida.

Aquellas cosas, en tu interior, no debían de ser alegres, pues las conversaciones terminaban casi siempre con un pañuelo en los ojos.

Me habría gustado y me gustaría aún tener una fotografía de ti cuando eras una niña de verdad, cuando tu padre acababa de morir y vivías cerca de la Rue Féronstrée con tu madre. No hay ninguna en el álbum. Hay todo un fragmento de tu pasado que no ha dejado huellas y precisamente es ése el que me apasiona.

Eras ya —tengo toda clase de motivos para suponerlo— una niña de nervios exacerbados, de sensibilidad extraordinariamente viva, pero que conservaba, gracias a no sé qué milagro, su equilibrio y su voluntad.

Voluntad has tenido toda la vida y, ahora que estás en la cama de hospital que va a ser tu lecho de muerte, no estoy seguro de que no hayas elegido la hora. ¡Eres muy capaz!

Otro misterio: ¿cómo os conocisteis mi padre y tú? En la sección en la que trabajabas, en L'Innovation, tenías una compañera, Valérie, que era tan bajita como tú, pero de rostro poco agraciado. Erais muy amigas. A veces, cuando el alto Désiré pasaba ante los escaparates, decíais Valérie o tú, no sé cuál:

—¡Qué andares más garbosos!

Pues mi padre, que medía metro ochenta y cinco y era delgado, caminaba a

grandes pasos regulares, de metrónomo.

¿Se establecería a través de aquel escaparate el contacto entre vosotros dos y nacería lo que para vosotros hizo las veces de amor? Cuando yo era joven e incluso más tarde, cuando empecé a hacerme hombre, los padres nunca hablaban de esas cosas.

Todos los días a la misma hora, Désiré daba un beso a su madre, en la Rue Puits-en-Sock, y se dirigía, como maquinalmente, a su oficina, cercana a la estación de Guillemins. Era ya uno de los empleados más importantes de la agencia de seguros para la que trabajaba, el único que había estudiado en el colegio.

¿Daría a propósito Désiré un rodeo de más de media hora para verte a través del escaparate de L'Innovation al volver a casa para almorzar?

¿Se habría fijado ya en ti? ¿Se habría enamorado de la muchacha bajita y de cabellos de un rubio casi blanco?

Lo ignoro también. He tenido que llegar a los setenta años y superarlos para darme cuenta de que todo mi pasado, todo el tuyo y el de tu padre, que tanta importancia tuvieron en la formación de mi personalidad, son como una pared blanca.

De vez en cuando una silueta, rostros conocidos y aún más que me son desconocidos en el álbum de fotografías. Retazos de frases captadas aquí y allá.

Al menos dos de tus hermanas eran tan nerviosas como tú, nerviosas e impresionables en exceso, lo que no quiere decir desequilibradas, aunque una muriera en lo que entonces se llamaba un asilo de alienados y la otra, hacia los cuarenta años, de resultas de la bebida.

Yo prefiero decir que eras enormemente sensible, y no soy el único que heredé más o menos esa característica. De niño y de joven, era con frecuencia sonámbulo. Hubo ocasiones en que me alcanzasteis, en camisón blanco de felpa, en la esquina de la calle. El médico os aconsejó que instalarais barrotes en mis ventanas y, hasta que me marché de Lieja, tuve aquellos barrotes ante los ojos, como un preso, en cierto modo.

Aún tengo ataques de sonambulismo, a mi edad, lo que es muy raro. Dos de mis hijos, por lo menos, son sonámbulos, pese a no haber sido concebidos por la misma madre. Por último, mi nieto también es sonámbulo.

¿Vendrá de ti? Es probable, pues mi padre era un hombre tranquilo, al que nunca vi nervioso y que nunca perdió el control de sí mismo.

Yo salí a la menor de Féronstrée y ésa es, sin duda, la razón por la que mis ojos interrogan con tanta intensidad.

¿Sería una reacción tuya buscar la seguridad a toda costa?

No existían las pensiones de vejez ni los seguros sociales. Una simple enfermedad podía desequilibrar la vida de una familia.

El pobre Désiré ejercía una profesión que no llevaba aparejada una pensión ni garantía alguna de estabilidad.

— ¡Cuando pienso que ni siquiera te has hecho un seguro de vida!

Esa frase te la oí muchas veces cuando estabas triste. Désiré no decía nada y volvía la cabeza: era lo único que podía hacer.

Más adelante, cuando murió, a los cuarenta y cuatro años, de una angina de pecho, supe por su médico la causa.

A los veinticinco años, ya estaba afectado: en todo caso, para las compañías de seguros, incluida aquella en la que trabajaba, presentaba lo que se llama, con más o menos elegancia, «demasiado riesgo».

Calló hasta el final. No te lo reprocho. No era a él a quien me ponías como ejemplo para el futuro, sino a cierto señor Reculé, que tenía sesenta y tantos años y, por no sé qué meandros, había llegado a ser algo amigo de la familia.

Ya no trabajaba ni tenía que hacerlo, pues estaba «jubilado».

Había trabajado en los ferrocarriles del Nord Belge y en las compañías de ferrocarriles ya existía la jubilación.

Se le veía pasearse, sonriente, seguro de sí mismo, gozando de todos los años que había pasado tras una ventanilla. Ni siquiera tenía que preocuparse por el porvenir de su mujer, pues, a su muerte, ella también recibiría una pensión.

Como ves, madre, los hijos observan y escuchan. A causa de la enfermedad de mi padre o, más bien, de que no tuviera un seguro, tú me incitabas a orientarme

hacia la administración, hacia una ventanilla o un negociado de la compañía del Nord Belge o una compañía de ese tipo.

¿Podría reprochártelo?

Acabo de llenar, por curiosos meandros de los pensamientos, un vacío en la historia de tu juventud. Me preguntaba, al mirarte, si los moribundos derramarían lágrimas y si tú misma lo harías.

La palabra «lágrimas» es la que ha provocado un recuerdo.

Tenías una hermana muy hermosa casada con un mayorista de comestibles. Esa hermana, que iba a morir de resultas de la bebida, había tenido primero un niño y después una niña.

Tu madre debía de haber muerto ya en aquella época, puesto que te tomaron, no como parienta, sino como niñera. No comías en su mesa. Tomabas tus comidas en la cocina con dos o tres criadas más. No sólo te ocupabas primero de uno de los niños y después de los dos, sino que, además, cuando te veían desocupada, te encargaban otras tareas.

Si me ha venido a la memoria eso al pensar en las lágrimas, es porque te he oído contar que nunca en tu vida habías llorado tanto.

Mi tío era un hombre duro. Mi tía, tu hermana, era unas veces la mujer más afectuosa y otras la más rencorosa.

La recuerdo muy bien. En la planta baja del edificio había un gran almacén al que iban a abastecerse los pequeños tenderos y las mujeres de los mercados. Cuando ibas a ver a tu hermana, se sabía en seguida en qué estado se encontraba.

O bien insistía en llenarte la cesta con provisiones de latas de sardinas y otras conservas y tú te esforzabas en vano por rechazarlas o bien te interpelaba aviesa:

—¡Ya estás aquí otra vez, pordiosera!

Imagino la vida que llevarías en su casa cuando estabas a su servicio, una joven fregona que nunca se atrevía a protestar, y creo que, en efecto, lloraste mucho.

¿Cómo tuviste el valor de escaparte y vivir sola? ¿Adónde fuiste a dormir? ¿Quién te brindó la idea de pedir un puesto de trabajo al señor Bernheim?

Como ves, si no hubiésemos vivido cara a cara en el silencio, habría tenido muchas preguntas que formularte.

Tal vez vivieras con Valérie y su madre, a las que también conocí. Parecían dos enanas, con caras extrañas, como de monas, pero tenían —por emplear una de tus expresiones— un gran corazón.

Désiré, como todos los empleados de aquella época, llevaba una chistera. Yo te oí hablar de sus andares garbosos. Te oí hablar también de su «hermoso saludo con el sombrero».

¿Tuvo una noche, a la salida de los almacenes, valor para acercarse a Valérie y a ti y haceros uno de sus hermosos saludos con el sombrero? Pero entonces, ¿qué palabras balbuciría él, que era tímido?

En el Círculo recreativo, formaba parte de un grupo de teatro. Pero no aparecía en escena. Durante años, prefirió ocupar la concha del apuntador.

¿Cómo es que aquel hombre tuvo el valor de acercarseos, en una época en la que era de muy mal tono abordar a una mujer en la calle?

¿Por cuánto tiempo fuisteis novios?

El era muy alto, medía metro ochenta y cinco, y tú bajita, menos de metro sesenta.

Debía de resultaros difícil caminar del brazo.

Tú se lo presentaste a la hermana cuyos hijos habías vigilado y te desaconsejaron el matrimonio con un vulgar empleado sin porvenir.

Mi padre te presentó a sus padres y, en la cocina acristalada de la Rue Puits-en-Sock, detrás de la sombrerería, todo el clan Simenon adoptó una actitud fría ante la flamenquita sonrojada.

En la familia no había flamencos. Y tú no eras flamenca de verdad. Tú lo eras o, mejor dicho, eras holandesa sólo por tu madre, cuyos padres poseían una extensa granja en el Limburgo holandés.

Era gente orgullosa, que tenía tierras, pero tú no heredaste de ellos. No heredaste nada, salvo una pequeña cómoda de madera blanca, pintada de color

roble, de la que ya he hablado y que llegué a conocer.

¿Adonde ibais, Désiré y tú, los domingos? Al teatro, no. No había cines. Mi padre no pisaba nunca el café, salvo para la partida de cartas del domingo por la mañana.

Seguramente pasearíais, como más adelante lo hice yo con vosotros dos, por el parque d'Avroy, que yo llamaba el «parque de los patos», pues había un estanque poblado de patos.

No tengo ninguna foto de vuestra boda, ni de aquel período de vuestra vida en común. Como yo me conocía a mi padre, supongo que los domingos por la mañana te llevaría a la cocina de la Rue Puits- en-Sock, donde todos los Simenon se reunían en torno al padre y la madre.

¿Te dirigirían la palabra? ¿Te atreverías a tomarla tú misma? Lo dudo. Los Simenon formaban un clan tan cerrado que debías de sentirte tan lejos allí como en tierra extranjera.

Durante poco más de un año vivisteis en la Rue Léopold, en el centro de la ciudad, donde yo nací. Después os instalasteis en Outremeuse, a dos pasos de la Rue Puits-en-Sock, y ya no abandonasteis nunca más el barrio.

Ahora, en el hospital, tú tienes noventa y un años. Yo voy a superar los setenta. Y entre nosotros ha transcurrido todo este tiempo. ¿Te ha marcado? ¿Has conservado el recuerdo de las horas y los días?

Por tu expresión, parece más bien liberada de ver acercarse el fin.

He hablado del ratoncito que se deslizaba de noche por los patios de Lakeville para ir a buscar su corsé. Toda tu vida, has caminado con el trotecillo de un ratoncito. Raras veces te he visto sentada. Y, mira por dónde, ahora te veo, por primera vez, me atrevería a decir, acostada.

Al observar tu rostro, que ha cambiado tan poco, tus ojos claros, de un azul grisáceo, que han conservado su viveza, me pregunto si tu último suspiro no será un suspiro de alivio.

En tu habitación del hospital hay algo que me oprime un poco y que a veces me impide pensar. Es el silencio que reina, con el deslizarse por el suelo de tarde en tarde de la silla de alguien que se va, los pasos sigilosos de alguien que entra, los

balbuceos violentos que los recién llegados te dirigen. Se parece mucho a la iglesia. Una iglesia de la que tú eres el centro y en la que, con tu inmovilidad, adquieres dimensiones extraordinarias.

Pues nos dominas a todos, los extraños que van y vienen y entre los cuales tal vez pueda contarme yo, que he sido un extraño para ti, la puerta que empujan y vuelve a cerrarse silenciosamente y que todas las veces deja entrar un poco de aire más fresco.

Lo único que cambia la atmósfera es la visita del capellán. Es un hombre alto y fuerte, que en la vida corriente debe de ser —se adivina— bastante jovial.

En cuanto aparece, todo el mundo sale, incluido yo. La única que no abandona su silla es la monja del rosario.

En el corredor se forman grupitos. Se ve pasar a enfermos en camilla. Se vislumbran miradas vacías o resignadas.

Yo me obstino en la búsqueda de tu verdad, es decir, que sigo intentando comprenderte.

En *Pedigree*, tú eras un personaje más o menos esquemático. Yo describía algunos de tus hechos y gestos, recordaba alguna de tus frases.

Hoy, es de la Henriette de verdad de la que quisiera encontrar el alma.

En la Rue Léopold, donde pasaste tu primer año de mujer casada, teníais, mi padre y tú, una vivienda de dos habitaciones, encima de una sombrerería, y habías de bajar medio piso para encontrar un grifo.

Era un piso de gente humilde y se podía pensar que, toda tu vida, tuviste interés en formar parte del mundo de los humildes.

Te asombraría mucho enterarte de que a mi edad yo me acerco cada vez más a él, porque siento que es también mi mundo y porque es el mundo de la verdad.

El señor Reculé representaba para ti, con su pensión de jubilado del Nord Belge, la seguridad. Existía otro que, sabe Dios por qué y cómo, formó parte por un momento de nuestros allegados.

Se llamaba señor Rorive. Era bajo, regordete, de tez sonrosada como la de los

bebés. Además, estaba exageradamente atento a su persona y sospecho que debía de llevar un trapo en uno de sus bolsillos para limpiarse el polvo que se posara sobre sus zapatos amarillos.

El señor Rorive había regentado una mantequería durante muchos años, entre el olor un poco agrio de la mantequilla y el queso. Su mujer no era más alta que él y era también gruesa.

Cuando se los veía a los dos, muy limpios, bien vestidos, con una sonrisa ingenua en los labios, se sentía, aún sin quererlo, una impresión de plenitud.

Tú admirabas mucho al señor y a la señora Rorive. Un día pediste incluso a tu hermano, el que tenía un castillo, que te prestara un poco de dinero para abrir una mantequería. Tu hermano se negó. Era un hombre de negocios y las mantequerías, las Hermanitas de la caridad, no eran de su competencia.

Entonces, para ganar el dinero a toda costa, para asegurar tu porvenir y tener la certeza de no volver a conocer nunca más la miseria, convenciste a Désiré para que alquilara una casita en la calle vecina de aquella en la que vivíamos.

Todas las casas del barrio eran modestas, casi todas iguales, salvo el color de las puertas y los marcos de las ventanas. Pusiste en la fachada un cartelito: «Se alquilan habitaciones amuebladas».

Al mirarte, tan frágil en la cama, yo me pregunto si habría sido un acto de crueldad por tu parte. Debías de conocer el carácter de mi padre. Era un hombre que tenía mucho apego a su tranquilidad, a su sillón de mimbre, al que volvía todas las noches, a sus zapatillas, a la lectura de su periódico.

Después de tan sólo tres años de matrimonio, la pequeña Henriette, a la que sus hermanas llamaban un «pajarillo para el gato», se atrevía a imponer su voluntad al gran Désiré.

A mí me disgustó. Siendo muy niño aún, sentí que una especie de desequilibrio se había establecido en la casa, en la que sólo contabas tú, en la que trabajabas intensamente tú, de la mañana a la noche, en la que te desgastabas las manos haciendo grandes coladas, y el hombre que, al volver a casa, encontraba a menudo su sillón ocupado por un polaco y un ruso, su periódico entre las manos de otro.

Ahora sé que nunca hubo maldad por tu parte, ni siquiera —podría decir—

egoísmo. Seguías tu destino, como el tío del castillo, y nada, ninguna sensibilidad, podía interponerse.

Cuando se llevaron a una de tus hermanas a un asilo de alienados, yo, que tenía ocho o nueve años, sentí espanto. Estaba presente. Vuelvo a ver el coche de punto en la puerta, al marido que sollozaba, con los brazos apoyados en la pared y el rostro entre las manos.

Me pregunté, te lo confieso hoy: «¿Y si un día viniera un coche de punto a buscar a mi madre?».

De ti decían que eras un manojo de nervios. Eso quería decir que sentías intensamente las menores contradicciones, las más pequeñas contrariedades.

Recuerdo, entre otros, los domingos por la tarde. Habíamos decidido por la mañana ir a pasear al campo, muy cerca de Lieja, pues sólo disponíamos del tranvía. Tú estabas en tu alcoba, después del almuerzo, intentando equilibrarte el moño. No lo lograbas y, todas las veces que se deshacía, te subía la fiebre, te aparecían lágrimas en los ojos y acababas arrojándote sobre la cama sollozando.

Mi hermana y yo estábamos listos con nuestra ropa de los domingos. Esperábamos en la acera, impacientes, sin poder comprender.

Mi padre también, listo para salir, iba de nosotros a ti y de ti a nosotros.

—Sólo unos minutos más, hijos. Vuestra madre no se encuentra bien.

Ocurrió cien, doscientas veces. Christian y yo no nos atrevíamos a subir. Oíamos a veces gritos y después largos monólogos jadeantes, que eran reproches.

Reproches a mi padre, impasible y paciente.

¿Cómo pudiste soportar a algunos de tus inquilinos, que invadían tu cocina para economizar la calefacción de su cuarto y casi te ponían en la puerta?

Con ellos siempre te mostrabas sonriente y yo me preguntaba por qué. Ahora ya lo sé: aquellos inquilinos representaban lo que más adelante te oí llamar tu vejez.

Pues conservabas, tal vez por tu madre —cacerolas vacías en el fuego—, la obsesión por tu vejez.

Désiré ya no iba a estar ahí con su sueldo mensual, humilde pero suficiente. En cuanto a nosotros, tus hijos, te negabas a contar con ellos.

Tenías que asegurar tu vejez. En aquella idea fija tal vez hubiera algo de enfermizo. Tu hermana había muerto demente. Tu padre había tenido un fin precoz y un poco extraño. Había encontrado cierto equilibrio, o desequilibrio, en el alcohol, hasta el punto de hundir a los suyos en la miseria. Uno de tus hermanos se había vuelto una especie de vagabundo al que se veía a veces errar, zigzagueando, por las aceras.

Y cuando mi prima, la hija del mayorista de comestibles, recibía a amigas, encerraba con llave a su madre en su alcoba por miedo a que la vieran borracha.

Tú nunca bebiste, sólo un vaso de vino ligero, el día de Año Nuevo, en casa de otra de tus hermanas.

Por lo demás, aquella hermana había hecho como tú: había tomado en sus manos, firme, implacable, la dirección de la familia.

Su marido, que era mucho mayor que ella, llevaba ya una larga barba blanca como los santos de las vidrieras, trabajaba el mimbre en un cuartito oscuro que daba al patio y confeccionaba cestos para los marineros.

Tu hermana, por su parte, dominaba desde el mostrador del establecimiento de comestibles en el que también se servían bebidas.

Nunca supe de dónde procedía aquel tío, que recordaba a la Biblia, nunca lo vi tampoco sentado en la cocina con nosotros y menos aún en el salón en que mis primas tocaban el piano.

Tenía su rinconcito, un poco como un perro en su caseta, en aquel cuarto en el que nunca penetraba el sol.

Seguiste tu destino, como los demás. Apenas guardo ya rencor a mi abuela Simenon, que te vio entrar en la familia con desconfianza.

Eras de otra raza. Además, tenías miedo, un miedo que se había engendrado casi en tu nacimiento.

Y, con tu sonrisa poco precisa, difícil de definir, habías decidido luchar.

En la vida siempre hay personas que nos acompañan a cada uno de nosotros durante un camino más o menos largo. Hasta la hora del balance no se puede hacer el recuento y reconocer la influencia que cada una de ellas ha tenido en nuestro destino.

Tu padre te dejó, cuando tenías cinco años; tu madre, según la reconstrucción de los acontecimientos que puedo hacer, cuando tenías catorce o quince años.

Cuando poco después entraste en L'Innovation, iba a aparecer alguien, Valérie, que desempeñó —juraría yo— un papel en tu vida más importante de lo que parece, en el momento en que las muchachas se susurran confidencias y proyectos para el futuro. Como ya he dicho, Valérie no era hermosa, era incluso fea, la verdad, pese a su bondad. ¿Estás segura de que no fue ella quien, a través de los cristales de L'Innovation, te señaló a Désiré, el hombre de andares garbosos, y observó su paso para ti?

Yo conocí muy bien a Valérie hasta el momento en que abandoné Lieja a los diecinueve años. No debía de haber cambiado demasiado. Apenas se había arrugado un poco.

Venía a cenar a casa una vez a la semana, primero con su madre y después sola. Recuerdo las miradas que echaba a mi padre, su risa excitada cuando éste la pinchaba. Y la pinchaba a menudo, tal vez para aprovechar esa excitación superficial.

Eso me recuerda unas palabras tuyas. Por una razón misteriosa, tal vez porque la madre de Valérie estaba muy enferma, tuviste que ir a pasar la noche con ella y, al volver a casa, el día siguiente, dijiste:

—Me resulta imposible dormir al lado de una mujer. El olor de mujer me repugna.

Son pinceladas muy pequeñas. Pero debo buscar esas pequeñas pinceladas en mi memoria para reconstruir una vida de más de noventa y un años, para leer en aquellos ojos que me miran y para imaginar las palabras de aquella boca de labios estirados que nada me dice.

Tuviste muchos inquilinos. Tres o cuatro a la vez. Algunos estaban de paso, es decir, que permanecían sólo un año en la Universidad de Lieja. En cambio, otros vivieron en casa tres o cuatro años.

Con todos tenías la misma paciencia, el mismo buen humor, con todos, sobre todo con los más pobres, retrasabas la hora de irte a la cama para remendarles los calcetines.

Había uno que era tan pobre, que ni siquiera tenía calcetines. Vivía con un huevo y un mendrugo de pan al día. Mediante astucias sutiles intentabas lograr que aceptara un trozo de embutido o un poco del plato que comíamos nosotros aquel día. Pero habías dado con un pobre más orgulloso aún que la pobre que tú deseabas ser.

No sé lo que habrá sido de él. Ingeniero, seguramente, en Polonia. A no ser que fuese a trabajar a otra parte, cosa que le deseo, pues era judío y habría perecido en los hornos de gas.

Tres o cuatro veces fuimos a pasar la tarde del domingo en casa de la tía cuyos hijos habías criado en parte, la mujer del mayorista de comestibles, que iba a morir de alcoholismo. ¿Qué ocurrió entre vosotros? Más probablemente entre ellos y Désiré, pues me pareció comprender que por culpa de Désiré no volvimos a verlos.

Hubo así épocas, algunas largas, otras cortas, en que pasábamos cada domingo en casa de una tía determinada. Por lo demás, siempre en casa de tías por parte tuya. En efecto, para ti era como si la familia Simenon, el mundo de la Rue Puits-en-Sock, no existiera.

Mi padre iba todas las mañanas a dar un beso a sus padres al dirigirse a la oficina, incluso después de que muriera su madre. El domingo por la mañana, todos los chicos y las chicas estaban ahí, en la cocina, donde reinaban olores de platos preparados a fuego lento. Mi bisabuelo, ciego, estaba sentado en su sillón y sus nietos venían a darle un beso.

En cuanto a mi abuelo, daba cinco céntimos a cada uno de ellos y a mí diez. Parece curioso. No es que me quisiera más que a los otros. Era muy propio de la mentalidad Simenon: yo era el hijo mayor del mayor de sus hijos o, dicho de otro modo, el futuro jefe de la familia.

Todas estas imágenes me asaltan, madre, mientras intento comprenderte antes de que te vayas definitivamente. Dentro de uno o dos días, dentro de tres días, habrás dejado de existir. La gente, inmóvil en su silla, en tu cuartito, ya no se ocupará sino de sus asuntos. Yo mismo volveré a mi casa con mis propios hijos.

¿Se harán preguntas algún día sobre mí, como yo me las hago sobre ti? Lo dudo. Y, de todos modos, no me enteraré.

Cuando abandoné Lieja, mi padre acababa de morir y, una vez más, dejaba tras de mí a una mujer de luto con largos velos negros. Pese a ser muy joven y carecer de situación estable, sentía cierta responsabilidad y te enviaba un poco de dinero todos los meses.

También te escribía. No sé si he recuperado esas cartas, pero tengo motivos para suponer que eran afectadas, carecían de entusiasmo, pues nunca hubo auténtica intimidad entre nosotros.

Por ejemplo, una escena que nunca he podido borrar de mi memoria dejó marcada mi juventud. Debía de tener doce o trece años. He olvidado la razón por la que te habías enfadado conmigo, mientras que yo, por mi parte, te hacía frente. Pues yo tampoco, lo reconozco, quería ceder nunca cuando creía tener razón.

El caso es que tuviste uno de esos ataques de nervios que te daban con frecuencia antes del paseo de los domingos por la tarde. Te precipitaste hacia mí, incapaz de controlarte. Yo no comprendía las palabras que decías, pues, por instinto, hablabas flamenco o alemán. Me arrojaste al suelo y te pusiste a darme patadas sin dejar de gritar.

Acabé escapando. Caminé por las calles hasta la oficina de mi padre. No me atrevía a decir la verdad. Aún iba temblando de miedo contenido.

— ¿Qué te pasa, hijo?

Mi padre nunca me llamaba Georges, sino hijo, como yo a mis hijos la mayoría de las veces.

No le dije toda la verdad. Le dije que estabas enfadada, que te había enfurecido mucho y que me habías abofeteado.

Mi padre, por su parte, nunca me abofeteó, como tampoco a mi hermano.

Al imaginar de nuevo aquella escena, no siento rencor. La auténtica razón es que ayuda a explicar tu personalidad. Durante mucho tiempo viví con el miedo de que un coche de punto viniera a buscarte, como había ido a buscar a tu hermana. En ti había algo excesivo que no podías controlar, pero al mismo tiempo había una extraordinaria lucidez.

Voy a recordarte otra anécdota, aún más próxima, que tiene relación con aquélla, pero en sentido contrario.

Hace tres o cuatro años, te invité a pasar una temporada en mi casa de Epalinges. Como ya eras anciana y nunca habías viajado en avión, envié a mi secretaria a Lieja para que te acompañara.

Te preparamos una alcoba en la sala de televisión de los niños. Instalamos, entre otras cosas, un armario bastante ligero. Comías en tu habitación, pues estabas bastante cansada y no querías bajar al comedor, en la planta baja. Acabado el almuerzo, hacías la siesta.

Un día, no te despertaste a la hora habitual ni siquiera media hora más tarde. Yole, que entonces era nuestra doncella, acabó entreabriendo despacio la puerta. Te encontró sentada en una silla, con cardenales en el rostro y expresión de dolor, pese a la sonrisa que te esforzabas por ofrecer.

Aprovechando que estabas sola, te habías dirigido hacia el armario. Como eras demasiado pequeña para llegar al estante superior, te habías subido al pedestal y el armario había caído sobre ti.

En lugar de llamar, en lugar de gritar, te habías arrastrado hasta la silla, te habías levantado, a saber cómo, y habías esperado, estoica, ahí, sin decir palabra, estrechando entre tus flacas manos el tesoro que habías ido a buscar.

Pues era un tesoro. Unas bolsitas con monedas de oro cada una de las cuales llevaba el nombre de uno de mis hijos.

Habías trabajado toda tu vida para asegurar tu vejez, como decías, y nos aportabas el fruto de tus ahorros, en oro. Aún no he distribuido esas bolsitas entre mis hijos. Espero a que sean todos mayores y estén todos instalados en la vida, a fin de que no derrochen tontamente lo que tanto esfuerzo te costó adquirir.

Por lo demás, el mismo día tuviste otro gesto que, por un lado, me hirió mucho, pero, por otro, me obligó a admirarte. En mi despacho, me tendiste un sobre con todo el dinero que te había enviado, mes tras mes, durante más de cincuenta años.

Querías ser pobre, querías asegurarte un fin digno, pero no querías deber nada a nadie, ni siquiera y menos aún a tu hijo.

Antes he cometido un error, pero se debe a que, cuando Yole abrió tu puerta, yo no estaba presente. No era de cardenales de lo que tenías cubierta la cara, sino de sangre. Te la lavaron antes de que pudiera yo verla, por temor a impresionarme, y llamaron aprisa a uno de mis amigos médicos. Tuve que llevarte en ambulancia a Lausana para que te curaran y te hicieran radiografías, pues te dolía mucho una de las piernas y las costillas.

Por suerte, no había huesos rotos, pero cojeaste ligeramente, al brazo de uno u otro, durante varios días.

Acabo de recordar otro detalle. He hablado de mi obsesión por el coche de punto que podría detenerse ante la puerta para llevarte a donde otro coche de punto había llevado a tu hermana.

Tú alimentaste ese miedo en mí, voluntaria o involuntariamente. Cuando te enfadabas, había veces que gritabas de repente:

—¡Oh! Mi vientre... Ya verás, Georges, como me enviarán al hospital...

Yo era un niño. Ayudaba a la misa de las seis de la mañana en aquel mismo hospital en que nos encontrábamos. Pero en aquella época los hospitales estaban reservados más que nada para los indigentes y vuelvo a verlos todavía con su uniforme rayado, como presos, con una bata de sayal.

La idea de verte marchar hacia el hospital, verte con aquella ropa, me perturbaba hasta tal punto, que, aun cuando tuviera razón o creyese tenerla, caía de hinojos para pedirte perdón.

Y resulta que, después de tantos años, volvemos a encontrarnos cara a cara, viejos los dos, en este hospital, con personajes de cera a nuestro alrededor.

Existen dos o tres mil millones de hombres en la Tierra. Seguramente no sea una cifra exacta, pues soy alérgico a las estadísticas y a las cifras en general.

¿Cuántos habrá habido desde la prehistoria? Nadie lo sabe. Lo que podemos suponer es que, como ahora, se pelearon unos contra otros, se mataron unos a otros, debieron de luchar con sus vecinos, con los grandes cataclismos cósmicos y las epidemias.

Sin embargo, todos se formularon más o menos la misma pregunta:

—¿Qué es el hombre? ¿Quién es mi vecino?

Hoy, la etnografía busca los rastros de aquellos hombres de la antigüedad, que son, a fin de cuentas, nuestros abuelos. La biología, en los laboratorios del mundo entero, intenta conocer al hombre actual.

Y, sin embargo, no conocemos a la gente que vive en la puerta contigua a la nuestra, aquéllos con los que nos cruzamos todos los días en la calle, aquéllos con los que trabajamos codo a codo.

Somos dos, madre, mirándonos; tú me trajiste al mundo, yo salí de tu vientre, tú me diste mi primera leche y, sin embargo, yo te conozco tan poco como tú a mí.

Estamos, en tu habitación del hospital, como dos extraños que no hablan la misma lengua —por lo demás, hablamos poco— y desconfían el uno del otro.

Sin embargo, créeme, yo te observo, reúno retazos de recuerdos y reflexiono para borrar las falsas ideas que haya podido haberme hecho sobre ti, para penetrar en la verdad de tu ser y quererte.

Tuviste tu día de victoria. No puedo siquiera situarlo, aportar una fecha aproximada.

Cuando yo tenía veinte años, tú tenías unos cuarenta y me parecía casi indecente que pudieras hacer el amor. En mi opinión, había pasado tu momento, habías empezado a ser una mujer vieja.

No se trata de un sentimiento totalmente personal. Veo el mismo asombro en la mirada de mis hijos y de mi hija. Lo mismo debe de suceder en la casa vecina y en toda la ciudad.

Para mí, eras una viuda. Habías vivido aquello a lo que la vida te había destinado. Ya no había más cambios que esperar.

Sin embargo, hubo uno, y muy importante, ya que, mediante él realizabas por fin tus sueños de juventud y de mujer.

No recuerdo dónde estaba yo cuando me enteré. ¿Sería en Francia, en África, en Estados Unidos? El caso es que recibí una carta, con tu picuda y nerviosa escritura, en la que me anunciabas que ibas a casarte de nuevo.

Te confieso que, en ese momento, me escandalizó. Conservaba tal culto por mi padre, que no imaginaba siquiera la posibilidad de que lo substituyeras. Cuando leí los detalles, comprendí. Acababas de casarte con un jefe de tren jubilado, un jefe de tren del Nord Belge, como el señor Reculé había sido jefe de negociado del mismo Nord Belge.

Por fin ibas a recibir una pensión. Por fin, ¡tu vejez estaba asegurada, ocurriera lo que ocurriese!

Posteriormente, recibí fotografías y postales. Tú, que nunca —por así decirlo— habías abandonado Outremeuse, ibas a Lourdes, a Niza, a Ostende, a qué sé yo qué otros sitios, y *gratuitamente*, pues tu nuevo marido tenía derecho a determinado número de kilómetros todos los años sin soltar un céntimo.

También me enviaste su retrato. Era un ardenés delgado y nudoso, de facciones angulosas, de mirada casi inexpresiva.

Sólo lo conocí una vez, con motivo de no recuerdo qué viaje a Lieja. En aquel momento, reinaba cierta paz en la casa. Dónde os habíais conocido no me lo dijisteis ni uno ni otro. Pero tú me contaste que habías velado y atendido a su mujer enferma hasta su último suspiro.

Él no era de nuestro barrio. Vivía incluso en el extremo opuesto de Lieja.

Como en el caso de Désiré, me formulé la siguiente pregunta:

—¿Dónde? ¿Cómo?

Pero ésas no son preguntas que se puedan formular a tu propia madre.

—¿Cómo está Valérie?

Valérie, quien había recorrido un camino tan largo contigo y con quien habías intercambiado tantos pensamientos íntimos. Me respondiste seca:

—He dejado de verla.

Después añadiste con una sonrisa forzada:

—Imagínate, está celosa de que me haya vuelto a casar.

Curiosamente, aunque habías substituido a mi padre por otro hombre, habías conservado su apellido. El de tu nuevo marido era André. Así, que, en tus cartas e incluso en ciertos documentos oficiales que tuve entre las manos, escribías: señora de André Simenon.

Eso me hirió. En mi opinión, era como un abuso de confianza. Un hombre que no era mi padre había ocupado su sitio en tu casa, en tu cama, pero tú te empeñabas en conservar el apellido de tu primer marido.

¿Sería porque yo ya era célebre? ¿Te parecería aquel apellido algo así como un talismán?

Así lo creí. Pensé incluso que, en el fondo, conservabas también tú el culto del gran Désiré y que, después de tus segundas nupcias, deseabas conservar como un vínculo con él.

Iba a desengañarme en tu habitación del hospital.

No creas, madre, que te guardo rencor o te juzgo. Yo no juzgo a nadie. Si desde tiempos prehistóricos los hombres se matan unos a otros, ¿acaso no es por no comprender al vecino, a las personas de la tribu vecina?

Pasabas a ser la señora André, mujer de funcionario que gozaba de una pensión para sí y más tarde para su viuda. No por ello dejabas de seguir siendo la señora Simenon.

Yo sólo vi una vez a aquel hombre al que llamabas el tío André. No me pareció antipático, ni extravagante ni atormentado por complejos.

Sólo me explicó que el oficio de jefe de tren era uno de los más duros y delicados del mundo, que los temblores continuos eran un peligro permanente para el organismo y que su gran distracción era ir todos los días a cuidar el jardín en torno a una casita que poseía en la colina. La casita en la que había vivido unos veinte años con su primera mujer, aquella a la que tú, madre, atendiste tan bien durante su enfermedad.

Al mirarte ahora, en el hospital, al pensar en aquel pasado, me siento un poco sorprendido de tu serenidad.

El tío André y tú no tardasteis en desconfiar el uno del otro. El te acusaba de tener prisa por que se muriera para recibir sola su pensión. Dios sabe si no te

acusaría también de haber apresurado la muerte de su primera mujer.

En la casa de la Rue de l'Enseignement, donde ya no había inquilinos, permanecíais solos, frente a frente, como dos extraños, si no dos enemigos. Nadie anotó las frases que intercambiasteis. Debían de ser terribles y expresar un odio profundo, ya que, un día, decidisteis no hablaros más, sino utilizar notas garabateadas cuando necesitabais comunicaros.

Cuando hablo de odio, no exagero. Yo no estaba presente, desde luego. Pero cuando un hombre y una mujer que viven juntos, unidos por el matrimonio, llegan a preparar cada uno su comida, a tener su propia fresquera cerrada con llave, a esperar a que la cocina esté vacía para comer a su vez, ¿cómo puede explicarse eso?

Uno y otro teníais miedo a ser envenenados. Se había vuelto una idea fija, ¿enfermiza tal vez?

No puedo por menos de pensar en tu hermana y en el coche de punto que se la llevaba, mientras un hombre sollozaba, con los brazos apoyados en la pared.

Y, sin embargo, vivisteis así varios años. Tú ibas a hacer tu compra. Él iba a hacer la suya. Tú preparabas tu comida. El esperaba a que hubieras comido para preparar la suya.

¿Y el resto del tiempo? No podíais quedaros cara a cara en la cocina o en el salón en silencio. Él se iba a su jardincito de la colina y tú ibas seguramente a tomar una taza de café a casa de una vecina. Habías ganado, desde luego. Habías ganado la pensión con la que habías soñado toda tu vida. No te avergonzaba aquel dinero, ya que un día viniste a devolverme orgullosa el que yo te había enviado.

El tío André murió. Bruscamente, se desplomó, como mi padre.

Me gustaría tanto saber, saber lo que piensas en este momento, en el hospital, las imágenes que te pasan por la cabeza. Unas veces pareces plácidamente adormilada y otras tienes una sonrisa casi burlona.

¿De quién te burlas? ¿De Désiré? ¿Del tío André? ¿De todos nosotros, que estamos inmóviles en tu habitación, y de la monja, que desgrana, impasible, su rosario?

Tal vez sea de la vida de lo que te burlas, de la vida que debe de verse de otro modo cuando se está a punto de perderla.

Este inmenso patio, en el que se alzan numerosos edificios y en el que hay enfermos con uniforme sentados en bancos desde que brilla el sol, me he acostumbrado a cruzarlo también yo hacia las diez de la mañana. Hay que dar tiempo a las enfermeras para que te laven, te atiendan; también tienen que barrer y ordenar la habitación.

A veces, a esta hora, sólo está la monja de turno. Lo digo como si fuera siempre la misma. Seguramente no lo es, pero por la ropa, la inmovilidad, la tez pálida, yo no distingo a unas de otras.

— ¿Qué tal, Georges?

Me sonríes.

¿Acaso me estás esperando? ¿Te agradan mis dos visitas al día? ¿Preferirías quedarte sola con los parientes lejanos, los vecinos y los extraños que no van a tardar en desfilarse? Lo ignoro. En todo caso, nunca has experimentado la necesidad de decirme algo, de comunicarme un mensaje personal.

Ayer fui con Teresa a visitar la capilla en la que yo había ido a misa tantas veces. Quería saber si mis recuerdos no me engañaban, si de verdad era hermosa. Fue construida hace varios siglos por cierto Ernest de Bavière. ¿Quién era? ¿Había sido conde, duque, príncipe o emperador? Poco importa. En Lieja hemos conocido reinados de muchos extranjeros.

Lo que da un carácter particular a la capilla es que está construida en dos planos. La planta baja la ocupan los enfermos. Una escalera de una docena de peldaños, cubierta de una alfombra roja, conduce al piso de arriba, en el que se encuentra, frente a los fieles, el altar mayor y, a cada lado, una galería reservada a las monjas.

Los domingos había dos misas, una a las seis, como los demás días, y la otra, más solemne, a las ocho. Entre las dos, me llevaban a un comedor, en el que me servían dos huevos pasados por agua, rebanadas de pan con mantequilla y café con leche.

Lo que recuerdo es el olor. No sólo el olor denso de la habitación, que he vuelto a sentir en otros conventos, sino también el olor e incluso el gusto de las rebanadas, de los huevos, del café con leche.

Pregunté a una monja que pasaba si vivía aún la anciana sor Sacristine.

Fueron a buscarla. Ahora es una mujer muy anciana, que ya no oye bien, ya no ve bien y tampoco —me parece— comprende ya bien.

Naturalmente, no me reconoció. Yo quería comprobar un recuerdo. Los domingos y días festivos, yo llevaba una sobrepelliz de encaje fino que desplegaban con precaución y que me ponían con gestos minuciosos.

¿Habría existido sólo en mi imaginación? Por fin conseguí que me comprendiera sor Sacristine, la que antes me ponía esas sobrepellices y las guardaba. Abrió unos cajones. Sacó cofres de madera en los que estaban guardados aquellos vestidos preciosos.

Le hablé de la época en que ayudaba a misa, en que me ponía aquel vestido, pero mis palabras no despertaban eco alguno en ella.

Algunos días, cruzaba los patios caminando a unos pasos delante del sacristán. Yo llevaba un alto palo de madera negra en cuyo extremo había una cruz de plata. En la otra mano, una campanilla cuyo significado conocían todos los enfermos con los que nos cruzábamos.

Ibamos a dar la extremaunción a uno de ellos, que se les había adelantado. En la sala había al menos veinte camas y los enfermos también comprendían, se alzaban sobre un codo, se santiguaban.

Eran los momentos que menos me gustaban y siempre me sentía oprimido.

Sin embargo, la muerte en sí misma no me impresionaba. Dos o tres veces por semana, después de la misa, había un responso y, por tanto, exequias. Ahora bien, aunque sólo recibía dos francos al mes por ir a ayudar a misa todas las mañanas, por cada responso me pagaban cincuenta céntimos, pues eso dependía del Ayuntamiento. Y algunas mañanas había dos respuestas, uno tras otro.

Almorzábamos en la ciudad Teresa y yo. Ni una sola vez fuimos a un gran restaurante. Entrábamos en los llamados *fritures* y nuestro menú era casi siempre el mismo, ya lo he dicho: mejillones y patatas fritas, a veces anguila.

No por ello dejaba de pensar en ti. Me preguntaba siempre si no se habría producido en mi ausencia el acontecimiento que todo el mundo esperaba y me apresuraba a regresar al hospital.

Cuando viviste dos o tres semanas en Epalinges, después de que se te

hubiese caído encima el armario en el que estabas buscando tus monedas de oro, no me atrevía a dejarte volver a Bélgica. Tu salud era delicada. No quería imaginarte sola en tu casita. Y tú te negabas, obstinada, a que yo te ofreciese una compañera que velara por ti. Si la palabra «obstinado» puede aplicarse a alguien, es sin duda a ti. Durante varios años intenté que aceptases la instalación de un cuarto de baño. Ponías a los fontaneros en la puerta. Insistí también para regalarte un televisor. Tardé más de dos años en lograrlo.

Es cierto que después disfrutaste mucho con él. La mayoría de tus vecinos y vecinas no tenían; de modo que, casi todas las tardes, se reunían en tu casa algunos de los vecinos de tu calle.

No menos me espantaba tu aislamiento. Una tarde, te caíste en la acera y permaneciste ahí, sin poder levantarte, hasta que un agente de policía que pasaba por casualidad acudió en tu ayuda. No sé si te sangraban las rodillas o los codos. Lo que sé es que quiso acompañarte al hospital. Tú le respondiste, con tu acento liejense mezclado con acento flamenco:

—No, qué va, señor. No tengo nada. Estamos casi delante de mi casa. Acompañeme sólo hasta allá y descorcharé una buena botella de vino.

El agente no tuvo más éxito que yo. No consiguió llevarte a que te reconociesen, ni siquiera por un médico del barrio. Se vio obligado a seguirte a la casa y a beber el vino que le serviste.

Como ves, la palabra «obstinado» parece haber sido creada para ti.

Pero ¿y si un día no te hubieras sentido con fuerza para levantarte de la cama? ¿Si no hubieses podido ir hasta la Rue Puits-en-Sock a comprar algo de comer?

Yo no quería dejar que te marcharas. Hablé de ello a mi médico de Epalinges, quien te hizo varias visitas. Me dijo que de nada servía llevarte la contraria, que incluso era muy perjudicial.

Yo deseaba instalarte en uno de los asilos de ancianos que existen entre Ginebra y Montreux, es decir, a dos pasos de mi casa. No se parecen en nada a los asilos de viejos, nada tienen de triste o de siniestro. Recuerdan más bien a hoteles de lujo.

Pero tú no querías lujo. No querías asilo de ancianos. Lo que querías, y con todas tus fuerzas, era tu casa, aquella casa que habías podido pagarte después de

haber trabajado tanto y que, por fin, era la tuya.

Estoy convencido de que los vecinos de la Rue de l'Enseignement se imaginarían que yo era un «mal hijo», que te había dejado sola, ¿y en la miseria tal vez?

Fue necesaria una carta de una de mis primas, casi de la misma edad que tú y que iba a verte de vez en cuando, para que pudiera yo dar, por fin, muestras de autoridad y llevarte la contraria.

Te habías quedado varios días sin salir. En el refrigerador enmohecían carne, un trozo de tarta, qué sé yo, y con eso te alimentabas.

Para no ceder, ¿comprendes? Yo también comprendía. Mi médico me dijo incluso:

—Si la desarraiga usted, apresurará su fin.

Pero ¿debía dejarte comer alimentos estropeados, correr el riesgo de que un día un vecino preocupado hiciera derribar la puerta y te encontrara muerta desde hacía una semana o dos?

Me informé. Encontré, no lejos de Lieja, una propiedad muy hermosa, entre la vegetación, con un jardín inmenso. Unas monjas admitían en ella a algunos huéspedes y pude comprobar que éstos recibían todas las atenciones necesarias.

Mandé abrir una pared para instalarte un saloncito. También mandé instalar un cuarto de baño. Estabas en tu casa, en un apartamento en el que no dependías de nadie.

Te llevé allí. Mostrabas más que nunca tu sonrisa, a la vez un poco burlona y resignada. Obedecías, pero no de buena gana. Por lo demás, al cabo de unos días, pese al gran confort, insististe para que volvieran a llevarte a tu casita.

—Pero ¿y si hubiera gente que se aprovechara de que no hay nadie para ir a robarme, hermana?

Tenías casi noventa años y te preocupaba que pudieran robarte. Robarte, ¿el qué? ¿Tus muebles? ¿Tu mantelería? ¿Algunos recuerdos traídos de tus viajes con tu segundo marido, una concha de Ostende, una estatuilla de la Virgen, qué sé yo?

Tuvieron que acompañarte dos veces a visitar tu casa y asegurarte de que las puertas estaban bien cerradas. Después, un día, hubo que llevarte al hospital de Bavière para operarte.

No fue ésa la visita de la que estoy hablando.

Fui a verte. Habías resistido admirablemente la operación y ya estabas de pie en tu habitación.

Mi amigo Orban no salía de su asombro.

—Normalmente, debería haber fallecido en la operación. Ahora ha firmado un arriendo para varios meses.

¡Qué brillo de triunfo, de desafío, en tus ojos grises azulados!

Ocurre un fenómeno curioso. Por lo general, soy muy sensible al tiempo que hace, a una acera que brilla por el sol o a un cielo sombrío surcado por grandes nubes, al cierzo, al calor de un soplo de aire. Ahora bien, del tiempo que pasé en Lieja —y no puedo decir si fueron seis, ocho o diez días, si no más— sólo recuerdo un tono plomizo uniforme, como un dibujo a lápiz en un papel blanco.

Una mañana en que estábamos solos, salvo la inevitable monja, me preguntaste:

—¿Qué vas a hacer con la casa?

Era la primera vez, desde que me encontraba en aquella habitación, donde agonizabas lentamente, que hacías una alusión indirecta a la muerte. Cuando yo era niño, y después adolescente, hablabas con frecuencia de ella, con cierta —me atrevería a decir— satisfacción.

—Cuando yo me muera, hijos...

O bien:

—Cuando yo ya no esté, comprenderás...

Pero eso fue hace más de cincuenta años. Ahora que la muerte está, por así decirlo, rondando ya en tu habitación, no dices ni palabra. No parece temerla. Supongo que la miras de frente y que a veces te impacientas un poco incluso, al ver

que tarda mucho en llegar.

—¿Qué harás con la casa?

Te respondí lo que ya te había dicho antes:

—Se la dejaré enteramente a mi sobrino.

—¿Con los muebles, la mantelería y todo lo que contiene?

—Todo.

Era una promesa que había hecho hacía mucho a mi hermano. Murió más o menos a la edad de mi padre, es decir, hacia los cuarenta o cuarenta y cinco años, y dejó mujer y un hijo ya mayor de edad. Los dos se ganaban la vida. Sin embargo, no había ni que pensar en que yo aceptara una parte de la herencia de mi madre.

Con motivo de uno de mis escasos viajes a Lieja, me miraste largo rato, con una atención sostenida, y pronunciaste esta frase que no he podido olvidar:

—Qué pena, Georges, que fuera Christian el que muriese.

¿Acaso no quería decir eso que, a tu juicio, según tu corazón, era yo el primero que debería haber desaparecido?

Por lo demás, añadiste:

—Era tan tierno, tan afectuoso...

Seguramente yo no lo era o procuraba no dar muestras de ello.

¡La casa! ¡Tu casa! La tuya de verdad, ladrillos, ventanas, suelos que sólo te pertenecían a ti. Tenías más de ochenta años, cuando mi prima Maria, tu última parienta, que tenía más o menos la misma edad que tú y seguía escribiéndome de vez en cuando, me dijo que te había encontrado en lo alto de una escalera pintando las paredes del pasillo. También pintaste las paredes del patio.

Tu casa no era una casa cualquiera: era un símbolo. El símbolo del éxito final de la hija menor de la Rue Féronstrée, el símbolo también del resultado de tu voluntad.

El barrio de Outremeuse está habitado por la gente humilde, como me gusta a mí llamarla, a falta de poder calificarla de otro modo. La Rue Puits-en- Sock, estrecha, hormigueante, con su ruidoso tranvía que parece colarse entre las tiendas, es la arteria central.

Eso es el Outremeuse de los Simenon. Raras veces pisabas la cocina acristalada y apenas conocías a mis tíos, mis tías y sus hijos. Ignoro cuántos primos y primas tuve por esa parte, como decíamos. ¿Unos treinta? No creo exagerar mucho y todos iban, los domingos por la mañana, a buscar su moneda de cinco céntimos.

El campanario de Saint-Nicolas estaba a menos de cincuenta metros. Antes de que yo me marchara, a los diecinueve años y medio, viví contigo en dos o tres casas y todas se encontraban, como la *tuya*, a la sombra del campanario de Saint-Nicolas.

Nos mudábamos porque expiraba el arrendamiento o porque habías encontrado una casa un poco más espaciosa. Los muebles recuperaban su lugar exacto, porque todas las casas del barrio están construidas más o menos a partir de un mismo modelo.

Viven en ellas modestos jubilados, empleados, encargados, viudas con pensión, lo que yo llamo la gente humilde y, aún hoy, me considero uno de ellos.

Tu casa era la última, a unos pasos de aquella en la que viví antes de trasladarme a París. Nunca dormí en ella. Nunca me quedé en ella más de una hora o dos, de paso.

Y las últimas veces que fui a verte me sentí desconcertado. Siempre había conocido, por ejemplo, el mismo comedor más o menos de estilo Enrique III con cabezas de leones esculpidos en las cuatro esquinas de la mesa, el aparador con vidrios multicolores, las sillas con asientos de imitación de cuero de Córdoba.

Un buen día, encontré dos comedores, dos mesas más o menos iguales, dos aparadores con cristales coloreados, sin contar unos sillones que no conocía.

Lo más extraño —no me atrevo a decir: lo más divertido— es que tú misma no te orientabas. En efecto, había en tu casa el mobiliario comprado por mi padre y por ti, cuando os casasteis, tanto tiempo atrás; pero también había el mobiliario del tío André, casi igual. Y te equivocabas. Me decías, por ejemplo:

—Mira, Georges, la mesa en que escribiste *Au pont des Arches*.

No era aquella mesa. Era una que yo nunca había visto, que había formado parte de otra casa que no conocía.

Por lo demás, no pudiste decirme qué había sido de aquella mesa, de caoba bien pulida, de reflejos como a mí me gustan. Me jurabas que era la que me indicabas y yo ya sabía que se la habías dado a la prima Maria, la última parienta que tuviste.

Pues, por ser la menor, con mucha diferencia de edad entre tus hermanos y tus hermanas, eras la única que quedaba de la familia y no sobrevivía contigo una hermana, sino una sobrina, que tenía tu edad, un año más o menos, y estaba tan lisiada como tú.

Cuando su estado de salud no le permitió visitarte más, no volví a tener muchas noticias tuyas, aparte de tus cartas, una vez muy de tarde en tarde. Pero empezabas a mezclar las ideas, a mezclar las fechas, incluidas las épocas, hasta el punto de que llegaste a hablar del tío André como de mi padre.

¿Mezclas aún personas y fechas en tu cama del hospital? Lo dudo. Tu mirada es de una lucidez inesperada. Hablas poco, desde luego, sobre todo, como ocurre casi siempre, cuando estás rodeada de visitas.

No por ello dejas de seguir esperando lo que quieres, lo que has decidido.

—Mira, Georges, sabes que nunca me ha gustado la tumba que mandaste hacer para tu padre...

Una gran losa de granito en bruto con un nombre y una fecha simplemente. Siempre me han horrorizado los monumentos funerarios, los mármoles, las columnitas o incluso los retratos encastrados.

—¿Sabes que está empezando a ladearse...?

No es indiferencia por mi parte, muy al contrario. Sentí y conservé un auténtico culto por el gran Désiré. Pero nunca me he preocupado demasiado de su sepultura. Nunca he ido a recogerme ante ella. Cuando necesito sentirlo cerca de mí, me basta el pensamiento.

Aquella vez añadiste, madre, sin darte cuenta de la barbaridad que decías:

—Preferiría que me enterraran en el panteón del tío André y su mujer.

Me quedé petrificado. Con los años, habías acabado confundiendo a los dos hombres que habían compartido una parte de tu vida. ¿Habías querido de verdad a mi padre? Hoy me lo pregunto. Los proyectos que hacías desde el comienzo de tu matrimonio no eran proyectos para los dos, sino para ti.

Pensabas ya en tu casa y ahorrabas sin decírselo. Era tu dinero. Era el que tú ganabas atendiendo a tus inquilinos. Pero no por ello dejaba de ser una especie de lucha personal —por así llamarla— que, a mi juicio, es lo opuesto al amor.

Es cierto que no amaste más al tío André. Me pregunto, de pasada, por qué lo llamabas el tío André. No era tío de nadie. Nunca tuvo hijos.<sup>[1]</sup> Tampoco perteneció a orden religiosa alguna.

A pesar de todo, era el tío André. El que era mi padre era Désiré.

La casa de la Rue de la Loi constaba de dos habitaciones en la planta baja, aparte de la cocina de puerta acristalada, que se encontraba al fondo del pasillo. Esas dos habitaciones estaban atestadas de muebles de comedor, de antiguos sillones, y tenían las paredes adornadas con fotografías de Christian, de mí, del tío André, de su mujer, de mi padre.

En una palabra, dos familias se encontraban mezcladas en las paredes, dos mobiliarios que tú misma no podías distinguir, pues atribuías a un matrimonio joven lo que pertenecía, en realidad, a un viejo jubilado.

Eso siempre me trastornó. Me pregunto incluso si no sigue trastornándome aún.

Yo he estado casado dos veces. Vivo con una tercera mujer. Pero no se me ocurriría mezclarlas en mis recuerdos.

Mis hijos conocen el origen de cada mueble, de cada objeto, de cada cuadro.

Pero estoy seguro de que no les interesa.

Como ves, madre, no tengo nada que reprocharte y no te reprocho nada. Seguiste el curso de tu vida con una fidelidad extraña, si no extrañísima, a tu objetivo.

Lo has conseguido. Tal vez por eso, en tu cama del hospital, tu mirada es tan serena, por eso también pasa a veces por ella un destello de ironía.

Vulgarmente, podríamos decir:

—¡Se la has pegado a todos!

*Mi querida mamaíta*, como ves, repito casi los mismos términos con los que he comenzado esta carta, probablemente porque estoy también emocionado.

Una noche, en el momento en que me iba a ir a la cama y ya me había quitado la ropa, recibí una llamada telefónica del hospital en la que me anunciaban que habías muerto. Yo esperaba que ocurriera de un minuto a otro. No por ello dejó de resultarme una conmoción violenta la realidad.

Volví a vestirme a toda prisa. Me precipité hacia el hospital, hacia tu cuartito, al que ya me había acostumbrado y cuya personalidad había olvidado.

Te encontré con el rostro sereno, con una serenidad que no se tiene en vida.

Te besé en la frente, como había besado a mi padre, y me senté a tu lado. La monja seguía allí, tan inmóvil como si nada hubiera ocurrido. Le pregunté si habías sufrido y me respondió que no.

Contra mi voluntad, seguí pensando. Echaba de menos aquella semana que acabábamos de pasar juntos, por así decirlo, sin hablarnos. Me parecía que no había acabado, que el contacto no había sido completo.

Ahora bien, no quería dejarte marchar sin haberte conocido, sin haberte comprendido. Tus ojos ya no tenían expresión, sino una fijeza extraterrestre. Tus labios habían cobrado de una vez por todas un pliegue misterioso, que yo no lograba definir. ¿Ironía, placidez, qué sé yo qué? Me inclino por la placidez.

Te habían lavado. Estabas hermosa. Estabas regia, imperial, en tu camita y en torno a ti no había sino seres humanos con todas sus vacilaciones, sus problemillas y sus angustias.

Habías superado todo eso y nos dominabas con tu inmovilidad fija.

Seguí pensando. Seguí intentando comprenderte. Y comprendí que durante toda tu vida habías sido buena.

No necesariamente para los otros, sino buena para ti, buena en el fondo de ti misma. Habías luchado para alcanzar el fin que la niña de cinco años se había fijado. Habías apretado los dientes. Pero tenías necesidad, siempre tuviste necesidad, de ser buena, de sentirte buena. Y, por eso, madre, pasaste tu vida sacrificándote. Te sacrificabas por el primer desdichado que pasaba, por las familias que se rompían, por los aislados, iba a decir por todos cuantos pasaran por la calle.

Para todos tenías en tu corazón tesoros de ternura y paciencia. Nada te desalentaba. Al contrario, cuanto más difícil era la tarea con mayor ahínco te entregabas a ella.

¿Qué tiene de extraño que no te inclinaras, a tu alrededor, sobre aquéllos a los que considerabas los bienaventurados de este mundo?

Eramos nosotros. No nos veías o nos colocabas en la categoría de los satisfechos.

Procedías de muy abajo, de los que no habían recibido nada, para quienes cada pequeña alegría era una conquista que se había de arrancar con la fuerza de los puños.

Seguías luchando. Tu tarea no había terminado. Habías trabajado, con tus inquilinos, hasta que fuimos al colegio. Nuestro porvenir, a tu juicio, estaba asegurado.

No el tuyo, no el de otras personas a las que te encontrabas cuando ibas a hacer recados por el barrio.

Entre nosotros, con nosotros, no era bondad, era el amor materno.

Ahora bien, había de ser bondad. No sólo bondad para los demás. No esperabas agradecimientos ni reconocimiento. Era necesario, era indispensable, que te sintieras buena.

Y, después de los ocho días que pasé en la habitación de tu agonía, creo que por fin lo descubrí.

Habías nacido, como tu padre, como la mayoría de tus hermanos y hermanas, con una tendencia a cierta morbidez, hoy se llamaría neurosis. Teníais, tanto unos como otros, una sensibilidad extrema. Todos intentaban en vano defenderse mediante el alcohol.

La menor, que había asistido a aquella lucha de toda una familia, aquella decadencia progresiva de unos y otros, decidió, de muy joven, salvarse por sí misma.

Era la jovencita de cabellos vaporosos y casi blancos de L'Innovation, la confidente de Valérie, la que admiraba los andares garbosos de Désiré y después, más adelante, su hermoso saludo con el sombrero.

Una vez casada, con un hijo que chillaba, comprendiste que no era bastante. Alquilaste una casa. Tomaste inquilinos. Te impusiste una auténtica vida de esclava.

Hasta la muerte de Désiré. ¿Cuántos años después te volviste a casar? Ya no recuerdo. Te acercabas a tu objetivo: la seguridad, la dichosa pensión.

¿Cómo podría guardarte rencor? Sé que durante la guerra escondías tus monedas de oro bajo el carbón. Se podría haber pensado que eran para ti, que era avaricia. Ahora bien, al mismo tiempo hacías bolsitas de ganchillo para cada uno de mis hijos.

Yo te enviaba dinero para que vivieras desahogada. Llegó el día en que pudiste venir a devolverme todo aquel dinero.

Como ves, madre, eres una de las personas más complejas que he conocido. A menudo, al pensar en ti, evocaba el coche de punto que había venido a buscar a tu hermana. Entre nosotros dos sólo había un hilo.

Ese hilo era la voluntad feroz de ser buena, para los demás, pero tal vez, sobre todo, para ti.

## Notas

<sup>[1]</sup> Se tradujo del original *père André* («padre André») por «tío André», de ahí la extrañeza que suscita en el autor el que llamaran «padre» a una persona que no tenía hijos y que no pertenecía a ninguna orden religiosa. (*N. de la e.*) <<